

María Flora Yáñez

Psicología y símbolo en las novelas de Clemence Dane



ENTRE los escritores ingleses contemporáneos, Clemence Dane es, a mi juicio, junto con Virginia Woolf, quien ha introducido en la novela una renovación más profunda. Desde luego su técnica consulta un mínimun de acción, de trama, pero destaca una intensa corriente subterránea de las pasiones que arrastra al lector hasta sacarlo totalmente de la realidad. Cada personaje de Clemence Dane, emerge vivo en su integridad y no sólo captamos de él su ser consciente, es decir, lo que expresa y lo que hace, sino que llegamos a ese profundo sedimento espiritual que forma la esencia de las criaturas humanas, ignorada muchas veces por ellas mismas.

Tan intelectual como Virginia Woolf, Clemence Dane consigue, sin embargo, crear lo que generalmente nace de un arte espontáneo y sensible: una oscura co-

rrespondencia entre los muertos y los vivos, los ausentes y los presentes, el mundo visible e invisible. Y en sus novelas cobra particular importancia el papel que desempeña el subconsciente en los actos de sus protagonistas. En cambio, la acción sólo toma relieve cuando está en relación con la influencia o choque que ha producido en el alma de quienes actúan. La trama, puede decirse, no emana del autor sino de los personajes del libro al crear ellos mismos su propia atmósfera, transmitiéndola al lector que, sin darse cuenta, se ve envuelto en ella.

En el último libro de Clemence Dane «La Luna es Femenina», la realidad se enlaza sutilmente en cada página con el mundo de los sueños, produciendo una especie de encantamiento monótono, desprovisto de toda adherencia con la vida de los sentidos. Henry y Molly, los héroes, trazan su círculo amoroso como si fueran guiados por misteriosas voces que los conducen más allá del instinto y que, en el umbral de su amor, los acercan con la muerte. El final de este libro, cuando Molly frente al océano, a medianoche, creyendo caer en brazos de Henry se deja arrastrar mar adentro por un ser que se mueve «con la belleza y la decisión de la onda y cuya viviente frialdad la quema como el contacto del fuego», es un prodigio de pureza estética.

Pero quiero, en este estudio, referirme sobre todo a «Leyenda», novela publicada por Clemence Dane en 1919, pero cuya técnica hoy día, es decir treinta años después de su creación, resulta de un modernismo atre-

vido. La acción de este libro está tan concentrada que su argumento se desarrolla en una sola noche entre cinco personas que hablan y otras tres que silenciosamente y como telón de fondo, representan la protesta contra lo que son los cinco primeros. Entre los tres silenciosos se encuentra la joven que narra el relato.

Un grupo de escritores está reunido en el salón literario de Anita Searle, íntima amiga y consejera artística de Madala Grey, joven y célebre novelista que, sin aparecer nunca en la obra, es la heroína de ella. Llega de pronto un conocido pintor trayendo una terrible noticia: Madala acaba de morir, a raíz de dar a luz su primer hijo. Los asistentes, perplejos y desconcertados, comienzan a evocar la imagen de la muerta y lentamente un retrato vivo de Madala va surgiendo de la plática. Más bien dicho, no uno sino múltiples retratos, pues cada cual ha visto sólo un prisma de aquella adorable personalidad y muchos de los presentes, devorados por la rivalidad y la envidia, han deformado sin querer la imagen de la novelista haciendo de ella una criatura absolutamente opuesta a lo que fué. Poco a poco, cegados por su análisis, los amigos de Madala allí reunidos, llegan a olvidar su muerte y se ocupan de ella como de un caso, de un problema por resolver. La desecan, hacen la autopsia de su vida y de sus reacciones más íntimas. Pero ignorándolas. Porque, ni aun aquellos que la trataron a diario, la conocen. Y el fondo de ella, su verdadera personalidad, aunque fué clara y transparente como la de un

niño, quedó siempre oculta. ¿Por qué? Porque—y aquí está lo más interesante del libro, su profunda psicología—nadie conoce a nadie en su honda verdad y menos a aquellos a quienes un don artístico resguarda como un velo.

En «Leyenda», los que juzgan a la muerta son escritores intelectualizados, pervertidos por el oficio, es decir, gente para quien la bondad, la sencillez, han pasado a ser virtudes que carecen de todo valor estético. Por lo tanto, sus ojos deforman las personalidades ajenas aplicándoles normas y códigos hechos. Como ocurre frecuentemente en los centros artísticos, los que hacen corrillos, los que juzgan rotundamente, han olvidado la vida, han olvidado ser. Y ellos son los que, con espíritu carente de pudor, sólo han visto en la rectitud de Madala falsas intenciones, sin que les fuera dado palpar la límpida belleza de su alma que escribía llevada por una fuerza natural como el pájaro que canta y el manantial que corre. En la feroz lucha del oficio, aun aquellas mujeres a quienes Madala tendió la mano para que pudieran triunfar, se vuelven contra ella cuando ya no le es dado defenderse. Los pseudo-amigos analizan una a una sus novelas, atribuyendo con cinismo a la autora los actos y sentimientos de sus heroínas.

«¿Cómo ha podido, tan joven, tener la suficiente experiencia de la vida para escribir tal libro?» se preguntan. «La curiosidad romántica no es una explicación suficiente. Vean la firmeza de los rasgos, vean el cú-

mulo de detalles. ¿Y de qué modo ha podido penetrar en el espíritu de esa mujer, una prostituta al fin y al cabo? He ahí lo que me intriga. Cómo pudo saber ella, la immaculada Madala, todo cuanto su miserable heroína pensaba, sentía, sufría. . .

—Instinto, imaginación, contesta alguien.

—No, no, protesta la dueña de casa, amiga íntima de la muerta. Estoy convencida que lo escribió por experiencia. No se enoje, Lila, no quiero decir literalmente experiencia personal. Pero, en el esqueleto del libro hay mucho de la propia vida de Madala. El paralelo es exacto. Ni siquiera se da el trabajo de variar los sitios, los paisajes. Y ajusta sus propias penas a un caso imaginario. Es el método que ha seguido siempre. Pero ella lo negaba. La vi un día muy rodeada, en el apogeo de su celebridad y recuerdo sus ingenuas explicaciones: «Francamente, no sé. Se siente, se imagina. . . es muy fácil. . .» Pero yo digo: una mujer del talento de Madala vive lo que escribe, es lo que escribe, da su alma al mundo. Y luego nos deja su enigma por descifrar.

—Sí, agrega un tercero. En las horas en que perteneció por entero a su don creador, inconscientemente cogió a las personas para hacerlas sus criaturas. Y todos nosotros nos encontramos en sus libros».

De aquel modelaje hecho sin piedad, saldrá para la posteridad la imagen de la novelista que fué Madala Grey, pues su amiga Anita Searle intenta apoderarse de su vida para escribir una biografía llena de revela-

ciones que le dará al fin a ella misma, una celebridad que aun no ha podido obtener. Madala, viva, fué su peldaño; muerta será la escalera que la conducirá al éxito definitivo. Entretanto, presentes a la reunión, el pintor que trajo la noticia del fallecimiento de Madala y la joven que no la conoció y que asiste en silencio al malévolos análisis de sus amigos, sienten el horror del atentado que se está cometiendo con la muerta. Sienten el sacrilegio de aquella futura biografía de Anita Searle que cubrirá como un manto la verdad. Se prolonga la velada dentro del salón literario, mientras una siniestra neblina abraza la noche londinense. De pronto, una puerta se abre y la muerta aparece en el umbral. Sólo la ven dos de los asistentes a la reunión: el pintor que la amó y la joven que narra la historia. Los otros, sus amigos y rivales, únicamente sienten al abrirse la puerta el frío de la calle que, como una cuchillada, penetra en la habitación.

En esta novela sin acción y en que la heroína permanece siempre ausente, hay una fuerza intelectual y un juego de pasiones humanas ajeno a toda retórica que da a la narración un interés constantemente renovado. Interés que se acrecenta si el lector recoge la afirmación de una revista inglesa de la época: que Madala Grey, la heroína de «Leyenda», no es otra que Charlotte Bronté cuyos rasgos espirituales y físicos tomó de modelo Clemence Dane al crear su obra admirable. Tanto más admirable cuanto que, escrita como dijimos al principio hace más de treinta años, pertenece por su es-

estructura y por su género, a la novela que las nuevas generaciones elaboran después de la guerra. Sin principio ni fin, rica en imágenes, subordinando la conciencia de sus personajes al dominio del subconsciente, las producciones de Clemence Dane poseen ese oleaje rítmico y perpetuo que sólo algunos escritores predestinados pueden crear y que es magistral remedo de la vida misma.

